



EDU REPTIL

TRIPLE SECO

Ficción, ficción, ficción. Todo mentira.

1.

A Pedro le gustaba pasear por las inmediaciones de las zonas de fiesta de moda a la hora en que muchas jóvenes ya se encontraban en un avanzado estado de embriaguez; era su momento favorito del día, cuando salía con una pequeña mochila genérica color marrón en la que depositaba las pocas pertenencias que necesitaba para sus merodeos: las llaves de casa, el móvil, un par de preservativos -tal vez alguna noche la suerte le sonriese con un coma eventual-, y un pequeño monedero casi vacío. Las cosas no le iban demasiado bien pero por lo menos le quedaba la juventud de los demás. Nunca llevaba documentación, al fin y al cabo vivía a la vuelta de la esquina y en

caso de serle requerida, podía alegar que había bajado a tirar la basura y que podía subir y cogerla si era necesario.

Pedro era un perro en celo sin correa, pero lo disimulaba razonablemente bien, aunque no siempre. A medida que pasaban las horas y se acercaba el amanecer, cuando aquellas chicas caminaban temblorosas por la frontera entre la conciencia y la pérdida del sentido, se excitaba más y más. La calle se prestaba a sus actividades, le acogía con sus cruces solitarios, sus contenedores de basura, sus bancos en los que esperar pacientemente, en los que sentarse y dejar que pasase *algo*. Se le daba bien esperar, era un experto. Llevaba esperando toda la vida, aunque a veces uno espera, y a veces a uno le esperan.

Si Pedro no hubiese recomendado a aquella chica que se sentaba sola en un bordillo que se tapase un poco, mientras se detenía a su lado mirándola desde lo alto con media sonrisa y con una mano en la entrepierna, no tendría ahora él la cara tapada con esa bolsa de plástico que le asfixiaba sin remedio. Si no hubiese decidido subir a casa a por los cigarrillos que había olvidado, si no hubiese empezado a fumar con trece años, si no se hubiese bebido esas cuatro cervezas de lata, si se hubiese portado mejor con sus hijos, si se hubiese quedado hoy en el sofá viendo la televisión, si hubiese estado más alerta, si se hubiese protegido mejor de su atacante nada más sentir el movimiento a su espalda. Mientras pugnaba por zafarse de aquel desconocido que le había sorprendido entrando al portal, un torrente de decisiones al-

ternativas que ya no se podían tomar acudían a su mente al borde del colapso como llamadas por una última crueldad autodestructiva. Estaba a punto de desfallecer, las fuerzas se le escapaban y daba unos ridículos e inofensivos manotazos al aire que le hacían cansarse todavía más. La escena transcurría sin la espectacularidad que se le presupone a estas situaciones; le habían cazado bien, y punto. No había escapatoria, no iban a producirse heroicidades ni giros sorprendentes en la historia. Iba a morir.

Su asesino comprimió todavía más el plástico contra su nariz y boca, hasta que Pedro quedó inmóvil. Y así Pedro se transformó en una nada de ochenta y cinco kilos.

Alguien que tampoco era nada ni nadie le retiró la bolsa de la cara -el interior estaba repleto de vaho- y se deshizo de ella en un contenedor de plásticos medio quilómetro más allá antes de entrar en una cafetería que abría más temprano que las demás.

A la mañana siguiente, la bolsa que acogió el último aliento de Pedro, un desperdicio anónimo mezclado entre otros muchos, parte rumbo a una planta de selección. Allí será recogida por una empresa especializada en procesar el polietileno de baja densidad y reconvertida en otro objeto. Quizás sirva como materia prima para elaborar nuevas versiones de sí misma, o puede que acabe formando parte de una tubería de riego. ¿Cuántas moléculas de Pedro quedarán para entonces?

2.

Hay un culto en la ciudad que nadie conoce y que solo practica un hombre a quien llamaremos Ran. Este único fiel en cuestión no lleva ningún distintivo de su fe porque ningún adorno puede ser ni más útil ni más honesto que sus acciones. Dispone de un código de conducta y de principios propios. Tal vez haya más gente por ahí capaz de entender su plan maestro, pero lo suyo nunca fue el proselitismo. Ahora le gusta el café que está tomando, tiene ese sabor fuerte de las máquinas añejas que no son capaces de desprenderse de los lustros de trabajo. También le gusta la gente fuerte. Pero no se refiere a los músculos.

A su alrededor solo ve monstruos en potencia. Tiene la certeza de que la convivencia humana se basa en una falsa ilusión de respeto hacia la integridad del prójimo; que hemos asimilado la mentira que asegura que la agresión es la excepción cuando en realidad es la norma. Él sabe que en el momento en que se rompe el pacto, cuando ciertos acontecimientos rasgan la realidad como un puñal, caen las caretas, se desentumece el instinto, y empiezan a pasar cosas horribles. Los responsables de perpetrar estas atrocidades suelen ser hombres. Las víctimas, hombres y mujeres. Pero las mujeres siempre se llevan la peor parte.

Ahí afuera, en cualquier parte -piensa-, hay un monstruo que abatir. Le parecen monstruos ese tipo que sigue a unas chicas por la calle aun cuan-

do le dicen que se vaya, ese otro que las insulta cuando no corresponden sus *piropos*, ese que las toca y ese que las acorrala en una fiesta contra una pared y se acerca demasiado al hablar. La gran masa social considera que son actitudes reprobables y nada más. Pero él está seguro de que ese ser que susurra algo desagradable al oído a una desconocida o se masturba frente a ella, es un monstruo en hibernación que saldrá feliz y enérgico de su cueva si se le ofrece un escenario en el que no haya represalias. Por eso siempre tienen que haber represalias.

La cruda realidad es que demasiados hombres son simplemente violadores temerosos de la ley.

Es hora de irse. Se marcha del bar sin dejar propina; el café estaba bien, pero tampoco era para tanto. Tiene que descansar unas horas antes de trabajar.

*

Jon no lo sabe pero ha contado demasiado sobre sí mismo en internet. Jon ha adquirido la fea costumbre de acosar a una camarera de un pub. Se *enamoró* de ella una noche y desde entonces se acomoda en la barra y la observa como un depredador al acecho durante todo su turno. Solo que no se esconde como lo haría un depredador astuto. Cuando la chica termina la sigue a

distancia si va a casa. Si sale de fiesta, acude al mismo lugar. Y sigue acechándola, cerrando el cerco. Aprendiendo cada vez más sobre ella. Aprender lo que hace Jon todas las noches es bastante sencillo. Solo hace falta coincidir con él en el mismo local. Solo es necesario estar a unos metros y prestar atención.

Jon también la persigue a través de las redes sociales, pero nunca había recibido respuesta, hasta hoy. Casi al amanecer, una notificación le informó de la llegada de un mensaje procedente de un número que no conocía. Era ella. Le dio un vuelco el corazón; *al fin*, pensó. No le decía nada del otro mundo pero por lo menos quería verle. Amplió su foto de perfil y rápidamente sintió una erección incipiente. No podía creerlo, finalmente era cier-

to aquello de que *el que la sigue la consigue*. La cita se produciría a la salida de su trabajo, al parecer, hoy terminaría un poco antes. A las dos. Jon conoce perfectamente sus horarios, sabe que siempre sale cerca de las cuatro. Trabaja muy duro y es cordial con los clientes. Se merece estas horas libres. Le ha dicho que espere mientras tomando una copa en otro local, justo al final de la calle.

Jon no tiene mucha ropa pero ha escogido el atuendo que llevaba el último día que la vio. Parece que le ha dado suerte. Detrás de la barra de este bar hay un par de camareras y un camarero. Ellas no deben superar por mucho la mayoría de edad, le gustan. Pero no tanto como ella. Pide un whisky con hielo que le sirve el chico. Lástima, le habría gustado cruzarse un par de palabras con

la más menuda de las dos. Se ha perfumado con una colonia sucedáneo de una gran marca que ha comprado en una farmacia. Se siente algo nervioso, pero ha esperado mucho para llegar a esto. Ha invertido mucho tiempo. Da dos tragos largos a su bebida y luego otro más. Hay mucha gente en el local, los viernes siempre está todo a rebosar. Al cabo de veinte minutos ya se ha bebido dos vasos de whisky, no debe faltar mucho para que llegue.

Seguramente habérselos bebido tan rápido no haya sido buena idea, porque se siente algo indispuesto. El baño queda muy lejos, y fuera hay un contenedor junto a una esquina que aporta algo de intimidad, así que sale; seguramente tomar el aire le haga sentir mejor, y en caso de tener náuseas, podría vomitar allí.

Jon no lo sabe pero el cansancio repentino que experimenta tiene mucho que ver con una dosis excesiva de GHB. Poco a poco empieza a perder la conciencia. Se sienta en un bordillo y allí se va debilitando, maldiciendo su flojera; solo dos copas, por dos copas va a perder la oportunidad de su vida. Pese a ver como si padeciese cataratas, distingue la figura de un chico que se acerca con un cubo de basura desde el bar. Solo necesita que le ayuden a incorporarse, se encontrará bien si bebe un poco de agua. Se le cierran los ojos justo cuando nota cómo el chico, que se acucilla junto a él, le inyecta algo en el cuello.

No logra quejarse.

No percibe la entrada de ningún líquido.

3.

¿Sabías que el triple seco recibe este nombre por su triple destilación en alambiques de cobre de cáscaras de naranja? Su creador, Edouard Cointreau...

No ha podido leer más porque la pantalla que ameniza los viajes en autobús urbano ha cambiado de información, mostrando ahora las fechas de un evento institucional que se celebrará en un gran parque próximamente. Le gusta mantenerse de pie en los autobuses, de esta manera no se ve obligado ni a compartir conversación con otros pasajeros, ni a levantarse cada vez que alguien mayor, una embarazada o un niño que-

da sin asiento. Nunca deja en pie a quien merece sentarse más que él.

El conductor es especialmente maleducado con las mujeres al volante. El anciano que hay sentado a su derecha no quita ojo de encima a la adolescente del asiento enfrente al suyo. En el semáforo, un conductor pita a una joven que cruza. Dos tipos en la acera se giran hasta casi partirse el cuello al pasar junto a ellos un grupo de amigas. Todos los hombres de una mesa en una terraza miran fijamente a una corredora, ríen y hablan acerca de lo que le harían lo suficientemente alto como para que lo oiga ella -incluso con auriculares- y también el resto de transeúntes. Una chica que circula en una bicicleta del servicio público es agasajada a lo largo de todo su trayecto con dece-

nas de silbidos, bromas, comentarios y opiniones que no ha pedido sobre su cuerpo.

Mientras tanto, en la playa, habrá algún desgraciado buscando a bañistas solitarias para tumbarse junto a ellas y dar rienda suelta a su excitación. En un gimnasio, una deportista recibirá consejos paternalistas acerca de la mejor manera de ejecutar unos ejercicios que conoce a la perfección de parte de algún homínido que no puede controlar su sexualidad al verla hacer sentadillas. Un taxista estará amenizando la carrera a una turista con una conversación incómoda que ella no entiende del todo; solo podrá sonreír tímidamente esperando llegar a su destino lo antes posible. A alguien le harán gracia todas estas situaciones.

Por la noche, en cualquier lugar de ocio que se encuentre lleno, ir al baño será para una mujer una odisea plagada de roces, cuando no de tocamientos directamente. A una camarera le preguntarán *su precio*. Una relaciones públicas será rodeada por un grupo de hombres ebrios de estupidez y de alcohol que no la dejarán en paz sin antes hacerle el día un poco más difícil. Una chica borracha será acompañada a casa por un amigo al que conoce desde hace años, un chaval solícito y atento que aprovechará para metérsela en cuanto tenga la ocasión, amparado por esa amistad que hace de una violación una anécdota simplemente, una consecuencia lógica de la fiesta, un hecho divertido y casual al que no hay que darle mayor importancia.

Pensar en toda esta miseria propia de su género, le revuelve las tripas. ¿Para cuándo una mutación, la aparición de un tercer sexo que amenace el statu quo masculino? ¿Para cuándo una extinción selectiva a gran escala?

No estaba en su mano nada de eso. Él no era nadie. Afortunadamente solo era un ciudadano concienciado con el reciclaje del plástico, un cliente habitual bebiendo una cerveza en la barra de un pub, un usuario de varias redes sociales hábil a la hora de seguir rastros, un camarero en un bar con afición al éxtasis líquido, un tipo con el carnet de varios gimnasios y mercancía adulterada que vender en los vestuarios.

Un pasajero cualquiera de un autobús rumbo al mar con un cuchillo de picnic afilado más de la cuenta.

En veinticuatro de junio de dos mil quince

www.edureptil.com

*El cuadro del cual se ha extraído un fragmento
para la portada es obra de Alberto Beltrán.*

XXX